

RESEÑA DEL LIBRO “EL MITO DE LAS CUERDAS SEPARADAS”

Cómo y por qué del entramado económico-político de la gobernabilidad, de Eugenio D’Medina Lora, Colección Antorcha, Unión Editorial, Madrid, 2016, 978-84-7209-675-2.

Adrián O. Ravier

ESEADE

adrian.ravier@eseade.edu.ar

La Escuela Austriaca ya no existe en la forma en que fue planteada por sus padres fundadores. Eso no quiere decir, sin embargo, que haya desaparecido. Más bien, ha sido superada por un movimiento más amplio que la incluye. Un movimiento que Peter Boettke bautizó como *Mainline Economics*, que se opone al *Mainstream Economics*, y que se complementa con autores y escuelas de pensamiento económico modernas. En otros términos, al pensamiento de Ludwig von Mises y Friedrich Hayek, este movimiento suma los esfuerzos de James M. Buchanan y la Escuela de la Elección Pública, a Ronald Coase y el análisis económico del derecho, a Douglass North y la Nueva Economía Institucional, a Vernon Smith y la economía experimental, movimientos estos que amplían el alcance de la economía austriaca tradicional. Hay más autores y más escuelas que podría comprenderse aquí, por supuesto, pero todas tienen en común el foco en la cataláctica, por poner atención a lo más esencial de la materia que es el intercambio.

Este libro de Eugenio D’Medina Lora que tengo el placer de reseñar se construye precisamente en esta línea de pensamiento y ello es lo que más valoro de su trabajo. Una tradición de pensamiento que ha sido ignorada en la mayoría de los programas de pensamiento económico y político, especialmente en las universidades públicas latinoamericanas. Se trata de la otra biblioteca, la que seguramente abrirá numerosos cuestionamientos en el lector no entrenado sobre esa base. Ideas que a mi entender pueden contribuir no solo a entender mejor las causas de nuestros problemas de políticas públicas, sino también a encontrar soluciones.

Este libro de Eugenio D’Medina Lora que tengo el placer de reseñar se construye precisamente en esta línea de pensamiento y ello es lo que más valoro de su trabajo. Una tradición de pensamiento que ha sido ignorada en la mayoría de los programas de pensamiento económico y político, especialmente en las universidades públicas latinoamericanas. Se trata de la otra biblioteca, la que seguramente abrirá numerosos cuestionamientos en el lector no entrenado sobre esa base. Ideas que a mi entender pueden contribuir no solo a entender mejor las causas de nuestros problemas de políticas públicas, sino también a encontrar soluciones.

En esta cataláctica, como sinónimo de economía en la jerga de Mises y Buchanan, no hay lugar para la sobre-matematización de la economía. No es que se rechace la matemática, que hoy es el lenguaje de la economía neoclásica, pero sí sus excesos. Desconocer los límites de la matemática en economía ha llevado a un abuso de sus modelos, a “una pretensión de conocimiento” (Hayek 1974) que sólo ha redundado en una economía que explica un mundo que no existe.

El libro que reseñamos no sólo se construye sobre una base de “buena economía”, sino que además ofrece una discusión necesaria sobre el papel del Estado en la economía. El libro en definitiva es un estudio sobre la interconexión de dos disciplinas, la economía y la política, que a veces se plantean de forma separada, pero que requieren estudiarse de manera unificada. De ahí que se titule “el mito de las cuerdas separadas”, donde una cuerda es la economía y la otra es la política.

No pudo el autor encontrar mejor cita para abrir el libro que la de Thomas Sowell cuando señaló que “la primera lección de la economía es la escasez... (mientras que) la primera lección de la política es hacer caso omiso de la primera lección de la economía.” ¿Cómo unir estas cuerdas cuando claramente se construyen sobre bases y naturalezas claramente opuestas?

El libro analiza el abanico de opciones de filosofía política que se puede ver en diversos manuales. Desde un socialismo hasta el anarcocapitalismo, tratando en medio el Estado de Bienestar o socialismo de mercado, o el liberalismo clásico. La postura del autor -me parece- es precisamente la de un liberal clásico, pero no es una defensa habitual de dicha posición.

Ahí radica la mayor novedad del libro, y ahí es donde también ciertos autores liberales pueden encontrar puntos de controversia que los inviten a la reflexión. El autor defiende un estado y su gobierno, pero quizás esa institución deba ser más pequeña de lo que un lector que defienda la economía de bienestar desearía, y quizás es más amplio que lo que un liberal clásico querría.

Con realismo, si uno tiene los pies sobre la tierra y parte de la situación presente, no es correcto, ni viable, ni deseable proponer un total desmantelamiento del Estado. ¿Por qué no? La respuesta del autor el lector la encontrará en estas páginas.

Si partimos de este presente de las economías latinoamericanas, el autor sí está dispuesto a señalar los fracasos de cierto socialismo, como ha podido observarse en Cuba o Venezuela, y también de cierto socialismo de mercado, con excesos de intervencionismo para el resto de los países.

El libro trata la literatura clásica sobre el fracaso de mercado, lo que incluye modelos de bienes públicos, externalidades, mercados imperfectos o monopolios, asimetrías de información, desigualdad y pobreza o también desequilibrios macroeconómicos, como el desempleo, la inflación y los ciclos económicos. Pero analiza también de forma crítica esta literatura, además de ofrecer un tratamiento necesario de los fallos de la política.

Para mostrarlo con un ejemplo, si una persona tiene 10 manzanas y otra ninguna, el Estado de Bienestar sugiere algún tipo de intervención para equilibrar esta desigualdad. Pero tomar de unos los que les corresponde para entregarlo a quienes no les corresponde no sólo guarda un claro caso de injusticia social que romperá incentivos futuros, sino que, además, al “actuar” este gobierno se consumirá parte de ese capital (burocracia), además de la pérdida de manzanas que puede haber en el camino (corrupción). En definitiva, si seguimos a Buchanan y estudiamos con realismo lo que el gobierno puede hacer, sin los “lentes rosados”, entonces podemos ver la política como realmente es, con sus problemas, sus excesos, su burocracia y su corrupción. Con esos “ojos” quizás confiemos menos en la política para arbitrar resultados distintos que los que el propio mercado generó en su proceso cataláctico.

El autor señala también algunos temas que requieren de debate, como el caso de Singapur. Claro está que los tigres asiáticos tuvieron dentro de sus modelos de desarrollo económico una clara participación del Estado. Lo que uno debe analizar desde la teoría económica es si la dinámica de este desarrollo ocurrió “a causa” de este intervencionismo, o “a pesar” de él. Mi propio análisis de estos casos exitosos de desarrollo siempre se basó en un análisis más benévolo de la inversión extranjera directa, y más crítico de las acciones que tomó el Estado para canalizar esas inversiones.

En concreto sobre el tema educación, no veo un buen ejemplo de complementariedad, como lo hace el autor, sino más bien, un problema para el desarrollo que quizás queda oculto por otros factores que sí fomentaron esa dinámica tan exitosa de la actividad económica en Singapur.

Otro tema central que el libro trabaja, y de lo cual el autor es experto, son las “asociaciones público-privadas”. No sólo las ha estudiado el autor en detalle a un nivel conceptual, sino que también es un consultor en la materia. Esto que en la literatura también se ha denominado “privatizaciones”, en definitiva, requieren de un estado regulador, que sólo para ciertos mercados, más en concreto en aquellos donde hay economías de escala, el gobierno tenga que definir junto a una empresa que obtuvo una concesión vía licitación, acordar las inversiones que realizará para sostener la infraestructura, también para expandirla hacia donde aun no ha llegado el servicio, y definir junto a la empresa el margen de ganancia que obtendrá en este mercado no competitivo. Las asociaciones público-privadas han probado éxito en Perú, también en Argentina, Chile, Uruguay, y otros tantos países latinoamericanos, una vez que el gobierno abandonó la idea de administrar estos monopolios públicos, y más bien dio lugar a una administración privada.

El libro, claro está, tiene importantes aportes que hacer en la materia, aunque a mi modo de ver estos mercados donde la conjunción Estado y mercado tienen lugar son sólo excepciones que es fundamental identificar, para no caer en los grandes mitos del “Estado regulador” que hoy abundan en casi todos los países de la región.

Estamos ante un buen libro, con buena economía y buena política, que sin dudas alimentarán un debate necesario sobre políticas públicas, quizás a modo conceptual, pero con los pies en la tierra, con realismo, y lejos de posiciones extremas que en ocasiones han ocultado a jóvenes lectores de los problemas reales que nos toca resolver en el siglo XXI.

Para cerrar, quisiera ofrecer una reflexión para alimentar el debate tras la lectura del libro. Lo que aquí se pone en cuestionamiento es la posibilidad de hacer economía sin política, o la de hacer política sin economía. Eso sería un grave fallo, en términos de esta propuesta, pues ambas cuerdas están entrelazadas. El problema, sin embargo, es que en ocasiones puede resultar atractivo analizar la realidad social con abstracción de las

limitaciones políticas. ¿Por qué afirmo esto? Porque si el analista económico siempre estudia la realidad social sobre la base de lo que la opinión pública puede digerir, entonces está perdido como economista, y no podrá cumplir su función social. Más bien, el economista en un plano académico tiene como rol correr el eje del debate, imaginar nuevos mundos posibles y plantear situaciones que, aunque sean inviables hoy, puedan resultar atractivas para la opinión pública en el futuro. Por otro lado, si el economista está asesorando a un gobierno, y está trabajando en un plano político, será poco fértil estar imaginando estos mundos posibles, y más bien debe trabajar con encuestas, de acuerdo a lo que la opinión pública puede digerir. Si el economista plantea algo demasiado lejano de lo que la opinión pública puede digerir, su carrera como político estará terminada.

Al efecto, quisiera ofrecer aquí un relato que me comentara el profesor Alberto Benegas Lynch (h) y que pienso será fértil para la discusión aquí propuesta. La misma ocurrió en la reunión anual de la Mont Pelerin Society en St. Andrews. Estaba exponiendo Milton Friedman sobre su estudio de la moneda y Enoch Powell, entonces miembro de la Cámara de los Comunes en Londres, le preguntó si en su exposición había tenido en cuenta los factores políticos, a lo que Friedman se apresuró a contestar por la afirmativa. Powell dijo: "Entonces su paper no me sirve, pensaba que recibiría reflexiones de un académico, déjenos a nosotros la negociación política."

Resumiendo, coincido con el autor en que hay mitos sobre separar las cuerdas, pero en ocasiones puede resultar fértil hacerlo. Los economistas podemos trabajar en diversos planos, y en la medida que aclaremos nuestros objetivos y los planos en que nos movemos, puede resultar fértil un trabajo puro, sin restricciones políticas. De hecho, la economía más pura que se expone en la evolución de la historia del pensamiento económico se ha desarrollado de ese modo.

He tenido la suerte de conversar sobre estos temas con el autor, quien fuera alumno de la Maestría en Economía y Ciencias Políticas que dirijo en ESEADE. Incluso tenía el placer de estar dirigiendo su tesis para cerrar el programa. Lamentablemente ya no podré seguir haciéndolo, pues nos ha dejado 14 de noviembre de 2022. Queda su legado, entre ellos, este libro.